



Las voces del mural: una experiencia personal

CARMEN GAITÁN ROJO
Museo Mural Diego Rivera, INBA

Trabajar al frente del Museo, creado expresamente para albergar el mural *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central* pintado por Diego Rivera en 1947, me ha deparado un sinfín de sorpresas.

Empiezo por la primera. El privilegio de sentarme frente a esta enorme pintura a las más diversas horas del día y descubrir que es uno con público y otro sin él, es uno de día y otro de noche, que según el ánimo en el que yo me encuentre, veo a los personajes de buen o mal talante. Que visto muy de cerca abraza al espectador y lo integra a la multitud representada, por el contrario contemplarlo a lo lejos permite juzgar a cada personaje desde una perspectiva visual diferente. No es lo mismo observarlo sola y en silencio, que rodeada de amigos, del público o durante una visita guiada.

El mural tiene muchas voces, a veces murmullos, a veces gritos.

Siguiendo el recorrido tradicional de izquierda a derecha con el que el pintor decidió dar comienzo a la historia de México, por momentos me da compasión la empresa conquistadora de Hernán Cortés. Trato de situarme en su época, en la mentalidad del Dios todopoderoso que lo cobijaba y regía su proceder, sin embargo, en otras lo vivo como un ser terrible y devastador.

Al subir la mirada y contemplar los verdes gorros de los frailes inquisidores me siento profundamente conmovida con la historia personal de la martirizada doncella judaizante Mariana de Carvajal, a quien Rivera inmortalizó para representar el indigno periodo de la Inquisición que duro más de 500 años, al conocer más profundamente el parentesco que la unía con Don Luis de Carvajal fundador del Reino de Nuevo León acusado al igual que su familia de hereje, apóstata de la Santa Iglesia Católica; entonces fue que decidí organizar la exposición *Diego Rivera y la Inquisición un puente en el tiempo*, tema que poco se había tratado y que dio pie para reunir libros y documentos originales de la Colonia, raros y pocas veces vistos, así como reliquias judías, piezas artísticas y óleos del siglo XVI. La

injusta muerte de Mariana la presenta como víctima de uno de los primeros feminicidios ocurridos en el continente americano. A un lado de los pies de la doncella, aparece el virrey Luis de Velasco y fray Juan de Zumárraga, para representar la evangelización de América.

Estar sentada frente al mural me liga con los nativos de la Alameda, también sentados al igual que yo, ellos soñando y durmiendo, yo en una santa paz envidiable, escudriñarlos para recrear las imágenes que arriba de ellos dan cuenta, en unos casos, de tiempos mejores para unos, batallas y combates para otros.

Siempre me preguntó ¿Cómo le hizo Diego para conjugar matemáticamente el equilibrio perfecto y que tantas figuras convivan en perfecta armonía de formas y colores. La respuesta es que el genio de Guanajuato rechazó la improvisación en el trabajo, ejerció la lealtad a su vocación y fue congruente en el acto de la creación.

Retomo la contemplación del mural y añado que de igual manera es un privilegio descubrir sin prisas, poco a poco, los cientos de ojos, unos evidentes y otros no, en las caras que pueblan el mural, ellos me regresan en un juego de espejos, su eterna mirada.

Fascinada disfruto el mural todos los días; gracias a los personajes sugeridos por Diego es que me he puesto a leer la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz, la Décima Musa y Fénix de México, quien aconsejada por el obispo de Puebla le sugirió ocuparse más de la religión y menos de las letras; a su lado me llaman la atención los tristes ojos con los que representa al efímero emperador Agustín de Iturbide, pareciera reflejar en ellos el destierro del que fue objeto y la aprehensión que termina con su fusilamiento, hacia abajo me encuentro con el rostro abotagado y grosero de Santa Ana, ni duda cabe que era capaz de reelegirse once veces como presidente de la república. Al lado, los pobres de Maximiliano y Carlota ¿Cuánto se ha dicho sobre la pareja engañada, con buenas intenciones y aspiraciones expansionistas y que murieron ambos trágicamente, ellas muy longeva, hundida en los recuerdos del pasado, loca y enamorada.

Simulando un oleaje en la cresta, el artista pinta al gran héroe Benito Juárez, político liberal de cuyo gobierno destacan las leyes que separan al clero del Estado, cuando se ha leído y oído tanto sobre la figura y el pensamiento de Diego Rivera. Supongo que las ideas de Juárez, Zapata y Madero deben de haber coincidido con las suyas, algo en el orden de la equidad y justicia para los mexicanos, hermana la conducta de los cuatro.

Diego siempre luchó en contra de la mediocridad y la autocomplacencia, esa lucha se refleja en toda su obra; el cuidado de la forma es en el respeto a la perfección de las ideas. Todos sabemos que fue un rebelde y un agudo crítico de la pérdida de tiempo.

Otro aspecto que me encanta de esta obra, es el movimiento cadencioso de los árboles que enmarcan el sueño de Rivera, alguien más acucioso me seña-



ló la salud de los mismos, confieso que yo no había reparado en el deterioro de los troncos en el paso de un periodo histórico al otro. Asimismo, Diego exalta la Alameda como lugar de reunión ideal para los personajes que constituyeron nuestra sociedad, expresando las ideas de los hombres ahí simbolizados y con ellas, la idea que él mismo tenía de ellos.

¿Por qué emociona tanto este mural? En lo particular, creo que es por que le encuentro símbolos y recuerdos de la infancia de todos los mexicanos: los dulces tradicionales, los globos, las tortas, los perros, los niños que se mueven a su antojo de un extremo a otro, el mural pareciera cantar, lo que me hace recordar la estrofa del poema *La Suave Patria* de Ramón López Velarde:

Cuando nacemos nos regalas notas,
Después, un paraíso de compotas,
Y luego te regalas toda entera,
Suave Patria, alacena y pajarera



Podría decirse que el mural es atractivo y casi cinematográfico, muchos visitantes extranjeros comparten la alegría que les provoca su fácil comprensión y acceso. No se necesita de gran preparación académica para observar la obra y convivir con ella.

El mural se ha vuelto un clásico, aparece citado en cantidad de referencias y artículos de la historia de la plástica mexicana. Lo fotografian a diario y lo visitan para admirarlo, como lo hace el peregrino que acude a un centro ceremonial.

Resguardados por la figura del Benemérito de las Américas, se encuentra representado el pensamiento liberal con las figuras de sus grandes exponentes: Ignacio Ramírez El Nigromante e Ignacio Manuel Altamirano y, esta parte fue la que provocó un escándalo ya que originalmente “El Nigromante” tenía en las manos la frase que lo convirtió en el primer ateo confeso en México: “Dios no existe y la naturaleza se sostiene por sí misma”. Una noche de 1948 cuando Diego y muchos otros personajes célebres de la cultura nacional, se encontraban cenando para darle la bienvenida a Fernando Gamboa de regreso a México, después de haber salvado de las llamas los tesoros de México, durante el célebre y triste episodio del Bogotazo, un periodista del *Excelsior* entro agitado al restaurante para anunciarle a Rivera que un grupo de fanáticos había rayado la frase y parte del fresco, incluso la cara del niño Diego.



Los periódicos hablaron del hecho durante días y el Arzobispo de México se negó a bendecir el hotel mostrando la cerrazón moral imperante en aquel tiempo. Por supuesto el acto ofendió al artista pero supo aprovechar el escándalo para promocionar su pintura. A causa de todos los problemas derivados del escándalo, el mural permaneció oculto durante años y solo hasta 1956 se le convenció a Diego para restaurarlo y quitar la frase de marras. El suceso de la agresión anunciado durante la cena en honor de Gamboa, dio pie a la exposición en este museo: *Fernando Gamboa, el arte del riesgo*.

Esta obra representa el tiempo sin tiempo, pasan los gobiernos uno tras otro y fatídicamente las escenas de los personajes de la posrevolución, enmarcados por fajos de billetes, plasmados por Diego se vuelven a repetir como si de una espiral infinita se tratara. La corrupción campea en todos los ámbitos y solo diríamos, falto en su visión de país, la trágica presencia del narco. El discurso pictórico señala conductas concretas, propone algunos temas y atmósferas que dan cuenta del fatalismo y mutismo de siglos que han caracterizado a nuestra nación.

Al centro de la monumental pieza se encuentran los cuatro personajes que más atraen al público visitante: Diego, Frida, la calavera Catrina y José Guadalupe Posada. Los cuatro son ya legendarias figuras que van formando parte del imaginario nacional. El que Diego se represente como un niño y juegue con símbolos

como la rana que asoma en una de las bolsas de su saco, la serpiente en otra y el paraguas que lleva en la mano, habla de su sentido del humor, sin embargo, la imagen del yin/yang que porta Frida en su manos es un recuerdo para todos del principio y el fin de las cosas, así como los cuatro puntos cardinales representados en el cinturón de la Catrina. Me han dicho que también hay imágenes de los masones, sociedad secreta a la que cuyos miembros eran conocidos por su pensamiento progresista y liberal. Sabemos que Diego fue masón.

A todo lo largo del fresco campea el carácter onírico, el movimiento de ramas, troncos y frondas mecen al espectador en este sueño lúdico y sensual. A pesar de que el mural trata, principalmente, de la época en la que nuestro país se define y constituye como nación soberana, el siglo XIX; el artista no respetó la cronología y la mezcló en un escenario que simulando un teatro hace desfilar a los actores en primeros, segundos y terceros planos. Todos de alguna manera son testigos de nuestra cultura y de nuestra historia. Paradójicamente, no aparece Hidalgo el “Padre de la de la Patria”, pero sí está José Martí y la mujer de Porfirio Díaz, del brazo de su amiga. De sus rostros se dice que son los de las hijas del pintor.

Estas dos mujeres representan la arrogancia del porfiriato, a Don Porfirio lo vemos, como un abuelo de semblante casi amable, a las dos mujeres les siento mucho más carga de la crítica que Rivera debe de haber querido hacerle al régimen de Díaz.

Un personaje que me fascina y al que yo veo como la representación del carácter bravo y aguerrido de muchas mexicanas, es la indígena con la cara cruzada por tremenda cicatriz, el amarillo chillón del vestido que juega con el contraste de la piel morena me hace pensar en esa explosión de colores de los mercados, de los trajes coloridos que portan en las diversas regiones del país y también tristemente su actitud desafiante frente a un policía tan indígena como ella que le impide el paso. Me recuerda cuan racistas somos los mexicanos.

Una escena que me parece magistral es la del disparo que un revolucionario le espeta a un oligarca que yace en el suelo, la luz diáfana del flamazo pareciera haber sucedido hace unos momentos.

Y ahora que estamos rodeados de fiestas del Centenario y del Bicentenario, no puedo dejar de mencionar a Madero, el idealista que sin embargo, logró derrocar al dictador, lanzar desde el extranjero el Plan de San Luis y convocar a una revolución.

Cuando asumí la dirección del Museo Mural encontré que mi antecesor Américo Sánchez, había también realizado varias exposiciones inspiradas en esta obra monumental como fue el caso entre otros de *Alameda: visión histórica y estética de la Alameda de la ciudad de México* y *Raíces iconográficas* exposición que dio cuenta de los principales personajes que inspiraron a Diego para ejecutar el mural que nos ocupa.



Es por los anteriores ejemplos que digo que esta obra goza de cabal salud y sigue dando material y temas para armar proyectos curatoriales, es un gran cuerno de la abundancia. Es también por ello que puedo participar en este espacio de discusión dedicado al muralismo, por que la obra de los grandes maestros sigue actual o en revisión, siempre dando de qué hablar, como lo es la gran retrospectiva que actualmente se exhibe de José Clemente Orozco en el Hospicio Cabañas en la ciudad de Guadalajara.

Cuando salimos a la calle, el México moderno que Diego pintó sigue ahí: el Monumento a la Revolución, la Torre Latinoamericana, las fábricas humeantes, la cúpula del Palacio de Bellas Artes, el Kiosco de Santa María La Rivera, la Iglesia de San Diego, no mucho ha cambiado.

El artista Carlos Aguirre instaló en el recinto una obra que tituló *Alameda 2009*, pretendía un diálogo con la Alameda de 1947 pintada por Rivera. Y sí había cambios: comida chatarra, huaraches de plástico, música grupera, fotografías porno alternando con imágenes de un rubio Jesucristo; comparar el mural con la instalación daba cuenta del paso del tiempo.

Y, sin temor a ser cursi, puedo decir que cada vez que entro a la sala del mural le doy gracias a Diego por estos tres años que han transcurrido en los que he podido ser custodia de este fantástico mural, todos los que trabajamos en el Museo lo hemos honrado, lo celebramos, estamos ahí porque él realizó esta magistral obra y por ello por unos instantes, que es lo que dura la vida, nos ha tocado custodiar esta obra que es el espejo en el que todos los mexicanos se reflejan.